

CAPÍTULO IV.

En este mismo tiempo, la envidia (la cual hasta se anticipa á las dichas de los hombres, sobre todo en las colonias francesas) difundió en la isla ciertos rumores que daban mucha inquietud á Pablo. La tripulación del buque que trajo la carta de Virginia, aseguraba que quedaba para casarse, y aun nombraban al señor de la corte que había de ser su esposo : propagándose algunos á decir, que la cosa era ya hecha, y que ellos mismos habían asistido al desposorio.

Pablo despreció al principio las noticias traídas por una embarcación de comercio, que regularmente las esparce falsas en todos los lugares de su tránsito, pero como muchos colonos de la isla se apresuraban á lamentarse de semejante caso,

por una compasión mal entendida, comenzó á dar algún crédito á la especie. Por otro lado, como en algunas de las novelas que había leído, veía la traición tratada de juguete y pasatiempo; y sabiendo que en semejantes libros se pintan fielmente las costumbres europeas, temió que la hija de madama de La Tour, pervertida en Francia con el ejemplo, olvidase sus promesas antiguas. Las ideas que había adquirido, le hacían ya infeliz.

Pero lo que acrecentó en extremo sus temores, fué que de cuantas embarcaciones llegaron á este puerto en el discurso de seis meses, ninguna trajese noticia de Virginia. En tan dolorosa situación, el infeliz Pablo, entregado á las agitaciones de su corazón, iba á verme á menudo para confirmar ó desechar sus recelos, por la experiencia que tengo del mundo.

Yo vivo, como os he dicho, legua y media de aquí, á las orillas de un riachuelo que corre á la falda de la Mon-

taña Larga, donde paso mi vida, solo, sin mujer, sin hijos y sin esclavos.

Después de la rara felicidad de encontrar una compañera que sea bien acomodada al genio propio, el estado menos desgraciado de la vida, es, en mi opinión, el de vivir solo. Todo hombre que ha tenido muchos motivos para quejarse de las injusticias de los otros hombres, busca la soledad; y es cosa muy digna de notarse, que las naciones desgraciadas por sus opiniones, por sus costumbres ó por sus leyes, han producido clases numerosas de ciudadanos absolutamente consagrados á la soledad y al celibato, como en otro tiempo los egipcios en su decadencia, los griegos del bajo imperio, y en nuestros días los indios, los chinos, los griegos modernos, y la mayor parte de los pueblos orientales. La soledad restituye al hombre á la felicidad natural, alejándole de los males de la sociedad. En medio de tantos erro-

res y preocupaciones como dividen á los mortales, el alma está en perpetua agitación, volviendo y revolviendo continuamente dentro de sí misma mil opiniones turbulentas y contradictorias con que procuran sojuzgarse unos á otros los miembros de una sociedad ambiciosa y miserable. Pero en la soledad se desnuda de estas ilusiones extrañas que la perturban, y vuelve á adquirir el sentimiento íntimo de sí misma, de la naturaleza y de su autor; bien así como el agua cenagosa de un torrente que inunda los campos, derramándose en alguna hoya apartada de su curso, depone allí en el fondo sus impurezas, recupera su primera claridad, y volviéndose transparente, refleja sus propias márgenes el verdor de los campos y la luz de los cielos.

Además la soledad restablece la armonía del cuerpo, igualmente que la del alma. Entre los solitarios de todos tiempos se encuentran hombres de edad muy avan-

zada, por ejemplo, los Brahmanes de la India. En suma, yo la considero tan necesaria para la felicidad, aun en medio del mundo, que me parece imposible lograr en él ningún placer durable, de cualquiera clase que sea, ni que el hombre arregle su conducta conforme á algún principio estable, si no se forma dentro de sí mismo un retiro, del cual no salga sino muy rara vez su opinión, y donde la de otro tenga muy poca entrada.

No quiero decir con esto que el hombre haya de vivir absolutamente aislado y solo: está unido con todo el género humano por sus necesidades, y por consiguiente debe sus trabajos á los hombres, y se debe también él mismo á lo restante de la naturaleza. Quiero dar á entender únicamente, que habiéndonos dado Dios á cada uno órganos perfectamente proporcionados á los elementos del globo que habitamos, pies para la tierra, pulmones para el aire y ojos para la luz

(sin que podamos nosotros invertir el uso de estos sentidos) se ha reservado para sí solo, como autor de la vida, el corazón, que es el principal órgano de ella.

Paso, pues, mis días lejos de los hombres, á los cuales he querido servir, y me han perseguido. Después de haber corrido una gran parte de la Europa, y algunas provincias del África y América, me he fijado en esta isla poco habitada, seducido de la benignidad del clima y de sus soledades. Una cabaña que yo mismo he levantado al pie de un árbol, un huertecito desmontado y cultivado por mis manos, y un río que pasa por delante de mi puerta, es todo lo que me basta para mis placeres y mis necesidades.

Agrégase á estas satisfacciones la de tener algunos buenos libros que me enseñan á ser cada día mejor, haciendo por otra parte contribuir á mi felicidad

el mundo mismo que he dejado, con las pinturas que me presentan de las pasiones que tiranizan miserablemente á sus habitantes; y por el cotejo que hago de su



suerte con la mía, me proporcionan el deleite de gozar una felicidad negativa. Como un hombre que se ha salvado en un peñasco de los peligros de un naufragio, contemplo desde mi soledad las

borrascas que braman en lo restante de la tierra; y aun se aumenta mi serenidad en razón de la distancia de sus bramidos. Desde que no trato á los hombres, ni sus intereses se cruzan con los míos, los compadezco en lugar de aborrecerlos; y si encuentro á algún desgraciado, procuro ayudarle con mis consejos, bien como aquel, que pasando por las orillas de un río, y viendo ahogarse en él á otro infeliz, le tiende la mano para que se salve.

Pero yo no he encontrado sino á la inocencia atenta á mi voz. En balde llama la naturaleza á todos los hombres á la inocencia: cada uno se forma una imagen de ella, y la reviste con sus propias pasiones: persigue toda la vida á esta fantasma de su imaginación que le extravía, y se complace después en el cielo de las ilusiones que él mismo se ha forjado. Entre un número considerable de desgraciados á quienes algunas veces he intentado reducir al camino de la naturaleza, ni

uno solo he encontrado que no estuviera embriagado con sus propias miserias. Me escuchaban al principio con atención, esperando sin duda que mis lecciones les ayudarían á adquirir gloria ó riquezas; pero viendo que mi único fin era enseñarles á saber pasar sin estas dos cosas, me tenían á mí mismo por un miserable, porque no corría en pos de sus dichas cuitadas: vituperaban mi vida solitaria: pretendían persuadirme que sólo ellos eran útiles á los hombres, y se afanaban por arrastrarme al torbellino de sus proyectos vanos.

Pero aunque me comunico á todo el mundo, no me entrego á nadie, porque me basta la propia experiencia para servirme de lección en el estado en que me hallo. Repaso en la tranquilidad presente las agitaciones pasadas de mi propia vida, á que he dado tanta estima, las protecciones, la fortuna, la reputación, los placeres y las opiniones que se hacen la

guerra por toda la tierra. Comparo tantos hombres como he visto disputarse con furor estas quimeras que ya no existen, á las olas de mi río que se estrellan espumando contra las peñas de su canal, y desaparecen para no volver jamás. Por lo que á mí toca, me dejo llevar mansamente de la corriente del río del tiempo, hacia el Océano de la eternidad que no conoce playas; y con el espectáculo de las armonías actuales de la naturaleza, me elevo á su autor, y espero más venturosa suerte en la vida perdurable que nos aguarda.

Aunque desde mi cabaña, situada en el centro de un bosque, no se descubre tanta multitud de objetos como nos proporciona ver la elevación del sitio donde nos hallamos, hay sin embargo situaciones deliciosas, particularmente para el hombre que como yo, prefiere reconcentrarse en sí mismo, á disiparse hacia fuera. El río que corre por delante de mi puerta,

pasa en línea recta por medio del bosque, y presenta á la vista un largo canal sombreado de árboles de toda suerte de hojas. Allí hay tacamacos, olivos, ébanos, manzanos silvestres y árboles de la canela; sotos de palmeras elevan acá y allá sus troncos pelados, y de más de cien pies de elevación, que rematan en un ramillete de palmas, y figuran por encima de los otros árboles, como una floresta plantada sobre otra floresta. Á esto se juntan las lianas ó enredaderas de diferentes géneros de follaje, que enlazándose de un árbol en otro forman aquí galerías de flores, y más allá largos cortinajes de verdor. Es tal la fragancia que sale de la mayor parte de estos árboles, y tan pegajoso el olor aromático que exhalan, que el hombre que atraviesa la floresta, despide de sí un perfume agradable, algunas horas después de haber salido de ella. En la estación en que se visten de flor, diríase que estaban

medio cubiertos de nieve. Al fin del estío varias especies de pájaros extranjeros vienen, por un instinto incomprendible, de regiones desconocidas de la otra parte de los vastos mares, á recoger las simientes de los vegetales de esta isla, y oponen el brillo de sus colores al verdor de los árboles que comienza á pardear con la fuerza del sol. De este género son, entre otros, varias especies de papagayos y las palomas azules, llamadas aquí palomas holandesas. Los monos habitantes domiciliados de estas florestas, triscan y juguetean en sus sombrías ramas, de las cuales sólo se distinguen por su piel verdegris y su cara enteramente negra: unos se suspenden de ellas por la cola, y se columpian en el aire, otros brincan de rama en rama con sus hijitos en los brazos.

La escopeta matadora nunca ha amedrentado con su estruendo á estos apacibles hijos de la naturaleza; ni se oyen

más que chillidos de alegría, trinos y gorjeos desconocidos de algunos pájaros de las tierras australes, que repiten á lo lejos los ecos de estos bosques. El río que corre borbotando sobre una madre de roca, por medio de los árboles, refleja acá y allá en las cristalinas aguas sus venerables masas de verdor y sombra, igualmente que los retozos y juguetes de sus dichosos moradores; y precipitándose á mil pasos de allí, por las diferentes alturas de un peñasco, forma una cascada ó tabla de agua tersa como el cristal que se divide al caer en cuajarones de espuma. Mil ruidos confusos salen de estas aguas tumultuosas, que dispersados por los vientos en la floresta, ora se alejan, ora se acercan todos á un tiempo y aturden los oídos, como el sonido de las campanas de una catedral. El aire continuamente renovado con el movimiento de las aguas, conserva en las orillas de este río, á pesar de los ardores del estío, una fron-

dosidad y frescura que rara vez se encuentra en esta isla, aun en la cumbre de las montañas.

Á cierta distancia de allí hay una roca bastante distante de la cascada para que el ruido de sus aguas no aturda los oídos, y bastante inmediata para deleitarse con su vista, con su frescura y su murmullo. Á la sombra de este peñasco solíamos ir á comer alguna vez en tiempo de los calores excesivos, madama de La Tour, Margarita, Pablo y yo; y como Virginia dirigía siempre sus acciones aun las más comunes, al bien de otro, jamás comía una fruta en el campo que no sembrara en la tierra su hueso ó su pepita, diciendo: « De aquí nacerán árboles que » darán sus frutas á algún caminante, ó » á lo menos á un pajarito. »

Un día, pues, que comió una papaya al pie de aquella roca, enterró según costumbre sus pepitas, de las cuales salieron de allí á poco muchos papayos,

entre ellos una hembra, que son las que llevan fruto. La altura de este árbol no excedía de la rodilla de Virginia, cuando se verificó su partida; mas como crece mucho en corto tiempo, tenía ya veinte pies de alto al cabo de dos años, y su tronco estaba coronado en la parte superior con varios órdenes de papayas, perfectamente sazoadas. Acercóse Pablo un día por casualidad á aquel sitio, y se llenó de gozo al ver un árbol tan crecido, producido por una pepita que él había visto sembrar á Virginia; y al mismo tiempo le entró una tristeza profunda con este testimonio de su larga ausencia.

Los objetos que vemos habitualmente no nos dan lugar á medir la rapidez de nuestra vida, porque envejecen con nosotros con una vejez insensible; pero los que vemos de repente después de algunos años de ausencia, nos advierten á primera vista la velocidad con que corre el río de nuestros días. La vista del papayo cargado

de fruta, causó en Pablo aquella sorpresa, que por lo común experimenta un viajero, cuando volviendo á su patria después de muchos años, no encuentra vivos á sus contemporáneos, y ve á los hijos de éstos, que él había dejado mamando, hechos padres. Ya le daban impulsos de cortarles por el pie, porque su vista le hacía demasiado sensible el largo tiempo que había pasado desde la partida de Virginia; y ya considerándole como un monumento de su beneficencia, besaba su tronco y le dirigía palabras dictadas por el amor y la tristeza.

¡ Oh árbol, cuya posteridad subsiste todavía en mi floresta, yo mismo te he mirado con más interés y respeto que á los arcos triunfales de la antigua Roma !
 ¡ Permita el Autor de la naturaleza, que destruye cada día los monumentos de la ambición mundana, se multipliquen en nuestras florestas los de la beneficencia de una doncella pobre y malhadada !

Estaba yo seguro de encontrar á Pablo al pie de este papayo, cuando venía por mi posesión, y habiéndole visto un día penetrado de melancolía, tuve con él una conversación que voy á referiros, si no os son demasiado enojosas mis largas digresiones, perdonables á mi edad y á mis últimas amistades.

« Estoy muy pesaroso, me dijo luego » que me senté á su lado, porque hay » ahora dos años y dos meses que se » marchó Virginia, y se han pasado ocho » meses y medio sin que nos haya » escrito; como es rica y yo pobre, sin » duda me ha olvidado. Deseo embar- » carme y pasar á Europa, por ver si allí » hago fortuna por algún camino, para » pedírsela á su tía en matrimonio, y » vivir feliz en su compañía. »

« La Europa, hijo mío, le contesté, » está abismada en los vicios más contra- » rios á su felicidad, y á ti te falta dinero » y protección para poder hacer figura

» en ella; eres pobre y no tienes ningún » arrimo. »

« Es verdad, me replicó, pero quizá » hallaré algún poderoso que quiera pro- » tegerme y darme la mano. »

« Para lograr la protección del pode- » roso, le respondí, es necesario contri- » buir á su ambición ó á sus caprichos, » y tú á ninguna de estas dos cosas te » avendrías. »

« Tenéis razón, me dijo; pero portán- » dome yo como debo, siendo fiel á mis » palabras, exacto en mis obligaciones y » constante en la amistad, me haré » acreedor á que alguno de ellos me » adopte por hijo, como he visto se usa- » ba antiguamente en las historias de otros » tiempos que me habéis dado á leer. »

« No tiene duda, le respondí, que así » se usaba entre los griegos y romanos; » pero ya no estamos en aquellas edades, » en que el mérito merecía el respeto de » los poderosos. »

« Pues bien, me replicó, en defecto
» de un poderoso procuraré agregarme á
» algún cuerpo científico, cuyas opiniones
» adoptaré en un todo y me haré estimar
» de sus individuos. »

« En lugar de adquirirme estimación,
» le dije, te granjearás odio y envidia, á
» no ser que sofoques los gritos de tu
» conciencia por trepar á la cumbre de
» la fortuna. Por otra parte, los cuerpos
» se interesan muy fríamente en el des-
» cubrimiento de la verdad. Para los
» ambiciosos toda opinión es indiferente,
» con tal que á ellos les traiga utilidad y
» ventajas. »

« ¡ Eso no lo haré yo jamás ! exclamó
» entonces : todo mi conato será buscar
» siempre la verdad. Soy muy desgracia-
» do, continuó, pues se me cierran todos
» los caminos para llegar á la posesión
» de lo que más estimo, y me veo conde-
» nado á pasar mi vida en un trabajo
» obscuro, ausente de Virginia. » Y al

decir esto, dió un suspiro muy profundo.

« Sea Dios tu único protector, hijo
» mío, y el género humano tu cuerpo, le
» contesté con prontitud : ama á los dos
» constantemente, y desprecia la protec-
» ción de los particulares. Las familias,
» los cuerpos y los pueblos, tienen sus
» pasiones y sus preocupaciones que
» exigen vicios en quien las haya de
» contemplar. Dios y el género humano
» no nos piden sino virtudes.

» Pero, ¿ por qué quieres, proseguí,
» distinguirme del común de los hombres?
» Ese deseo no es natural, pues si lo
» fuese, cada hombre estaría en estado
» de guerra con su semejante. Conténtate
» con cumplir con tus obligaciones en el
» estado en que te ha colocado la pro-
» videncia : bendice tu suerte, que te
» permite obrar conforme á tu conciencia,
» y que no te precisa, como á los grandes,
» á poner su felicidad en la opinión de los
» inferiores, y como á los inferiores á